

Maluco, la novela de los descubridores

Quien lee ficción reciente, particularmente novelas de escritores latinoamericanos más o menos nuevos, corre el riesgo de perder mucho tiempo: por cada diez o doce textos, apenas acaso uno se sostiene, atrapa y lleva al lector hasta el buen puerto del final. *Maluco, la novela de los descubridores* (Casa de las Américas, La Habana, 1980) del hasta hace poco desconocido escritor uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León, nos llega avalada por dos premios: el de Casa de las Américas y el Premio Latinoamericano para Obra Publicada de Colima. Y si bien los premios no son de ninguna manera garantía de calidad —antes bien, resultan muchas veces en desilusiones para los lectores: los jurados, incapaces de ponerse de acuerdo sobre las buenas novelas, terminan premiando a las mediocres—, en el caso de la novela de Baccino acertaron.

Se trata de una novela basada en las crónicas que se escribieron sobre el viaje de Fernando de Magallanes en torno a la tierra. El narrador es una especie de bufón-filósofo-poeta y testigo, quien manda una relación de los hechos por él observados al rey Carlos V. La intención de Juanillo Ponce es recuperar para sí la pensión a que se había hecho merecedor como participante de la aventura y, de paso, elevarse de la condición de gracioso a la de cronista.

Como la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* y *La Araucana*, como las cartas de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés, las crónicas sobre el viaje de Magallanes, han servido para construir una novela altamente disfrutable, en un lenguaje sin arcaísmos pero que suena y se lee auténtico.

Aires de Salgari, de Conrad, de Alejo Carpentier, rozan la cubierta de esta novela que se dirige más hacia la aventura y la peripecia que hacia el barroquismo o la erudición. A veces se empantana en una especie de lirismo onírico, que más vale saltarse.

Lo real maravilloso tiene su dosis en el encanto de esta novela: uno de los cinco barcos expedicionarios, "La Concepción", es abrumado por las plantas que lleva en su seno:

Por las tardes el follaje cierra el paso a las miradas, confunde, alterando la geografía del galeón, y trastornándolo todo. Aquí y allá relumbra las naranjas, bañadas por la suave luz del amanecer. Asoman entre la fronda oscura los limones. Relucen como joyas las aceitunas. Los olivos se doblan bajo su carga, las fuertes raíces se abren paso a través de las maderas de las barricas, rompen los aros de hierro carcomidos por el óxido e invaden la cubierta.

El final de "La Concepción" es extraordinariamente poético: termina convertido en una especie de isla flotante, en un arrecife, en una ambulante obra de arte.

Como en todo viaje, en la novela —cuyo apego a la realidad histórica me importó bien poco— hay momentos de calma chicha, batallas, naufragos abandonados en continentes inhóspitos, padres que pierden a sus hijos, paraísos encontrados, perdidos y luego añorados, personajes memorables (don Hernando, Fernando de Magallanes, que nunca se quita la armadura sino para presidir la batalla en que ha de morir, Juan de Cartagena, sin brazos y sin piernas, convertido en único habitante de un arrecife de pájaros).

Hacernos revivir la epopeya de Hernando de Magallanes en torno a la tierra no es corto favor, que le debemos a este escritor uruguayo, quien nos vuelve a confirmar en nuestra fe: Latinoamérica renueve constantemente su "cuadra" de escritores. Si comienzan a desaparecer los grandes (Borges, Cortázar) y los del "boom" ya pasan casi todos de los sesenta, de la gran masa de escritores que año con año publican novelas, comienzan a destacar nombres que se repiten insistentemente y que serán quienes nos den su testimonio de ese espíritu del tiempo, que es la literatura. La herencia de Cervantes es fecundísima en América Latina. A los escritores nos corresponde dar la otra versión de la realidad: la versión imaginaria, que es, como diría Forster, mucho más real cuanto más duradera y poética sea.

Contra el desbocado comercialismo, contra la simplificación del mundo, contra el maniqueísmo, contra la economía del mercado como único ídolo vigente, los escritores deben levantarse con el poder de la imaginación. La novela como "la otra ruta", la del espíritu más verdadero, ajeno al concepto de progreso que desboca a los países latinoamericanos hacia la imitación del modelo consumista, es la terca opción que los escritores deben seguir sosteniendo. Cantar loas a la televisión es hacer concesiones a la pereza. Baccino, con *Maluco*, nos reconcilia con la inteligencia del espíritu y nos aleja de la desidia y el facilismo. El poder de la imaginación contra el poder del dólar: tal debe ser la consigna.

Marco Tulio Aguilera Garramuño



Monumento a César Vallejo
en la Alameda de Apodoca (Cádiz)
del escultor Celso Escamilla